

Visual
Anónima
Fotográfica ||

de **Tenencias**

De Tenencias

Visual Anónima Fotográfica II

Creación y Coordinación

Mtra. Valeria Mendoza Loaiza

Lic. Perla Gaytán Fonseca

Texto

Mtro. Juan Carlos Jiménez Abarca

Fotografías

Adid Jiménez Ontiveros

Diana Lorena Salgado Rivas

Iván Ruíz Rodríguez

Jorge Alberto Landín Vera

Mónica Daniela Morales López

Diseño de la publicación

[figura] consultoría editorial

Maquetación y formación

Galdino Hernández

Primera edición, 2024

Queda prohibida la reproducción o transmisión total o parcial del texto de la presente obra bajo cualquier forma, electrónica o mecánica, incluyendo fotocopiado, escaneado, almacenamiento mediante algún sistema de recuperación de información o grabado sin consentimiento previo y por escrito.

Impreso y hecho en México.



H. Ayuntamiento de Morelia

Presidente Municipal de Morelia

Ing. Alfonso Martínez Alcázar

Secretaria de Cultura de Morelia

Dra. Fátima Chávez Alcaraz

Directora de Educación y Arte Popular

Mtra. Ileri Ortiz Silva

Jefa del Departamento de Educación Cultural

Lic. Karen Guadalupe Mora Mora

Jefe del Departamento de Fomento de las Artes

Lic. Omar Yail Orozco Ferreyra



Universidad de Morelia

Rector

Mtro. Pedro Chávez Villa

Director General

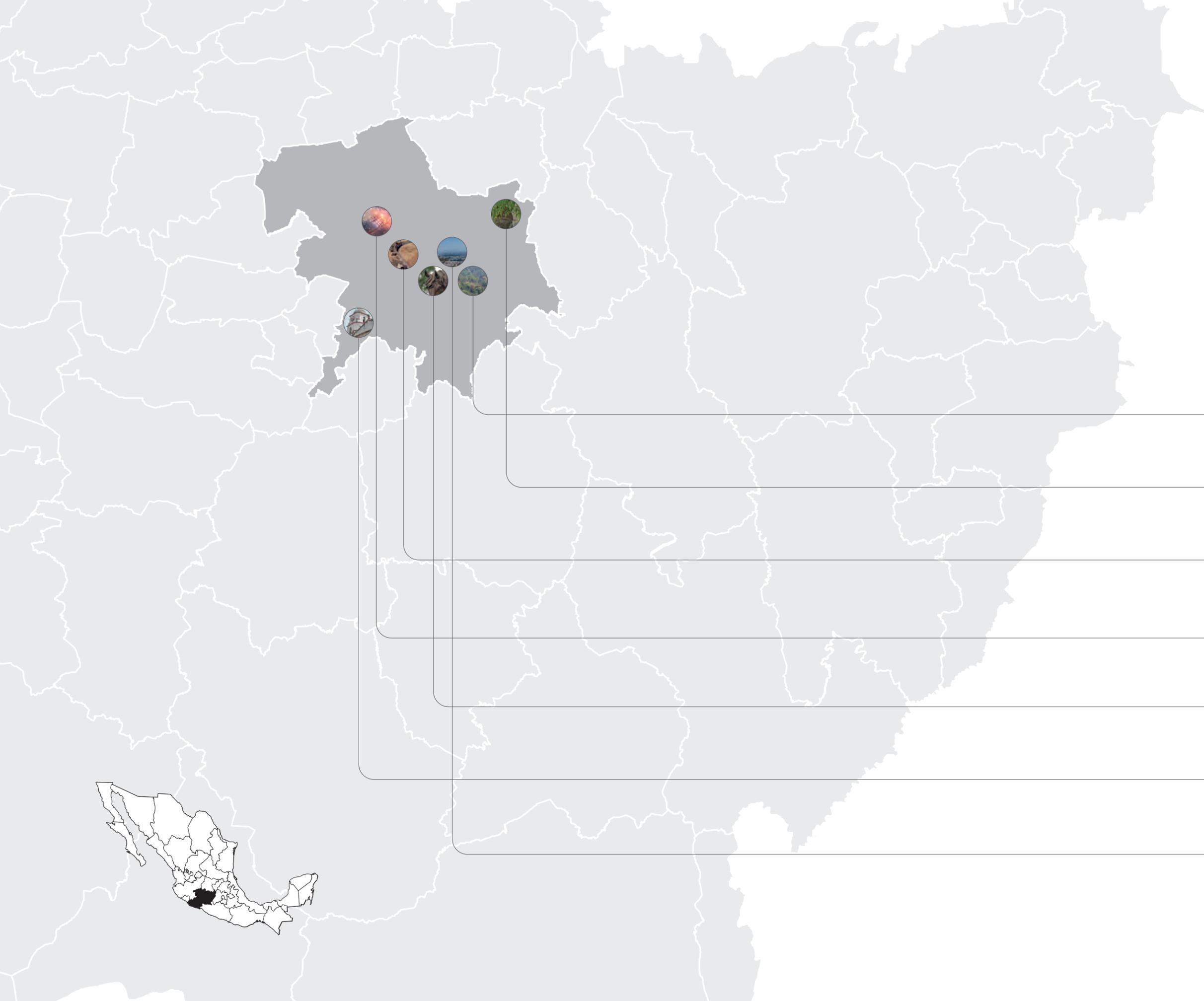
Lic. Pedro Antonio Chávez Pérez

Secretario Académico

Lic. Carlos María Camargo Náteras

Secretario Administrativo

Mtra. Karina García Orozco



Apéndice pág. 7

Prefacio pág. 8

San Miguel del Monte pág. 10

Atapaneo pág. 22

Tacícuaru pág. 34

Cuto de la Esperanza pág. 44

Morelos pág. 54

Tiripetío pág. 64

Santa María de Guido pág. 76

Bibliografía pág. 88



Apéndice

Esta publicación es una invitación a la experiencia. No sólo es resultado de la investigación académica y periodística desde diferentes Escuelas de la Universidad de Morelia, sino de la puesta en práctica de la deriva para reconocer el territorio, sus habitantes y riqueza diversa.

Desplegándose en imágenes y textos, confluyen aquí miradas atentas a las comunidades, su medio ambiente, las producciones culturales, la memoria histórica y vida cotidiana.

Recorrer las plazas y calles de las siete tenencias que aquí se retratan es un placer. Y con ello se ofrece un paseo visual y narrativo para reconocer nuestro patrimonio, el lugar en que vivimos, el semblante de nuestros vecinos.

Las siguientes son referencias útiles para quienes desean conocer más de cada tenencia, todas disponibles vía electrónica o para consulta en bibliotecas y archivos históricos en la ciudad de Morelia.

Prólogo

“El ojo piensa,
el pensamiento ve,
la mirada toca”.

Octavio Paz

La ciudad de Morelia es más que un municipio que crece y se desarrolla como consecuencia lógica del paso del tiempo. La transformación de sus calles y avenidas, adecuándose a las necesidades del presente son características que ponen su nombre en alto, aunada al de su hermoso centro histórico, y por supuesto, el amable trato de sus habitantes.

En tiempos anteriores Morelia se encontraba rodeada de hermosos asentamientos, hoy, sus tenencias son espacios vitales, lugares que conviven con el ambiente urbano a discreción, lugares habitados por nobles ciudadanos, protagonistas también del presente libro. Desde el origen de Valladolid, a través del tiempo, todas esas personas le han dado vida y sustento a cada una de las tenencias aquí abordadas: Tiripetío, Morelos, Tacícuaro, Santa María de Guido, San Miguel del Monte, Cuto de la Esperanza y Atapaneo.

En este segundo tomo de Visual Anónima Fotográfica, cada una de estas tenencias se muestra desde sus distintas particularidades: en algunas se destacan las labores del campo, en otras los increíbles paisajes naturales, las múltiples actividades productivas, la vida cotidiana y, en cada imagen se captura lo que fueron y ya no son. Cada fotografía da cuenta de sus transformaciones, los antiguos

usos, los contrastes de color entre la naturaleza y las fachadas de sus edificios o la convivencia de su gente en las plazas y sus kioscos. Sin duda, lugares que son como paraísos escondidos, caminos andados por muchos, veredas marcadas con el paso de sus habitantes.

Como parte de un ejercicio académico, Diana Lorena Salgado Rivas, Mónica Daniela Morales López, Iván Ruíz Rodríguez, Jorge Alberto Landín Vera y el maestro Adid Jiménez Ontiveros, visitaron cada una de las tenencias mencionadas.

El resultado es lo que su ojo, en complicidad con la cámara, pensó, lo que su pensamiento vio, todo lo que tocaron con su mirada. Una mirada capaz de tocar a los lectores, lo necesario para compartir con todos su experiencia, a través del privilegio de la imagen fotográfica.

Secretaría de Cultura de Morelia
Universidad de Morelia



San Miguel del Monte

En el municipio de Morelia se encuentra la tenencia de San Miguel del Monte. A la entrada se puede apreciar el pueblo y la abundante vegetación del lugar.

Crédito: LORENA SALGADO

Para llegar a San Miguel del Monte hay que subir la Loma de Santa María, al sur de la ciudad. Transitando por la Avenida Juan Pablo II, al llegar a la glorieta que da la opción de dirigirse al centro comercial o hacia la zona del Tecnológico de Monterrey, hay que seguir de frente hacia Jesús del Monte. Muy pronto en el interior del pueblo se encuentra una desviación hacia la derecha, que inconfundible se anuncia con el nombre de San Miguel.

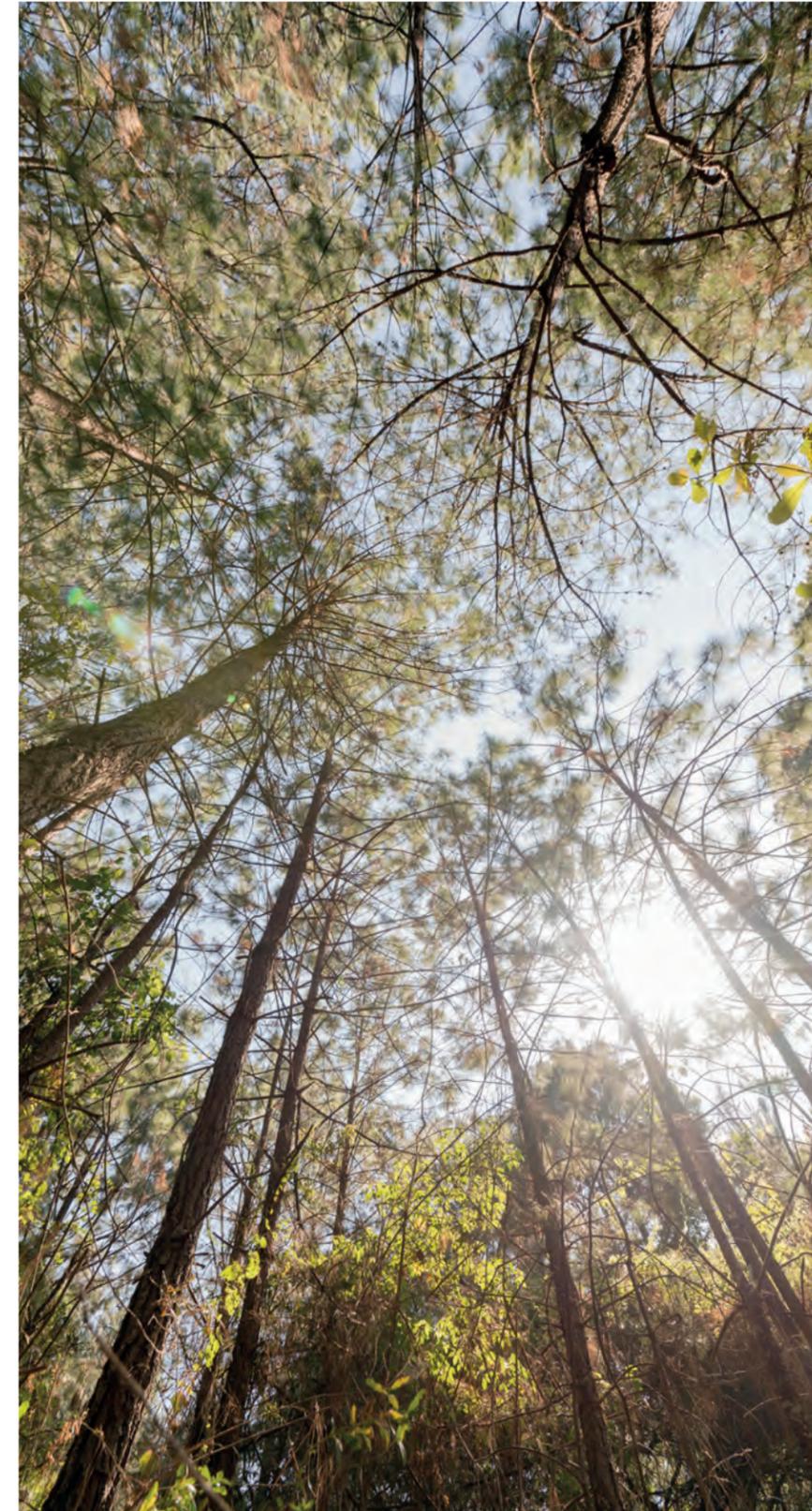
Si se recorre esta carretera de suaves curvas muy temprano por la mañana, ya se advierten en el camino, en las tiendas que bordean la carretera o en plena ruta, corredores, motociclistas “todo terreno” y ciclistas de montaña que se sienten en su medio, con toda confianza rebasan los autos que conducen a baja velocidad para admirar el paisaje. En este camino cabemos todos.

El paso del ambiente urbano al rural es suave. De pronto no se sabe en qué momento quedaron atrás los fraccionamientos y las grandes torres habitacionales que han expandido la ciudad en dimensiones insospechadas. Pero es un gusto respirar este aire fresco que sólo habita sitios no afectados por ese gran comal que es la plancha de asfalto. Aquí el silencio suena a viento que pasa, el cielo se torna de un azul intenso y la tierra muestra sus colores.

Subiendo una loma por fin aparece, a la izquierda, San Miguel del Monte. A la distancia, el aspecto del pueblo es moderado, discreto. De dimensiones pequeñas, integrado íntimamente al bosque abundante que le rodea, ocupa su lugar en una brecha leve que traza su trayectoria hacia el horizonte cercano que describen los cerros. ¿Qué tanto encontraremos ahí? ¿Cuántas sorpresas contiene la naturaleza? Sólo hemos avanzado 15 minutos a una velocidad contenida. Esta abundancia está más que al alcance de cualquiera que decida dejar la ciudad por un momento.

La señal del teléfono móvil se extinguió. Aquí no hay red para datos, llamadas o mensajes. Nos quedamos con el camino y nuestros sentidos para recorrerlo, percibirlo con toda su anchura. Lo bordean

bancos de cantera —que en algún tiempo añejo bien pudieron proveer de material a la construcción del templo local y, quién sabe, tal vez en Morelia también se haya utilizado este material que no es rosa— y algunas ladrilleras, con las que seguro se ha dado forma a las casas más recientes de la zona.



Aquí el silencio suena a viento que pasa, el cielo se torna de un azul intenso y la tierra muestra sus colores.

San Miguel del Monte se ubica en la parte sur del municipio de Morelia, justo en una zona boscosa bastante amplia.

Crédito: ADID JIMÉNEZ



San Miguel del Monte es una comunidad que ya estaba reconocida como Tenencia de Morelia en 1831, cuando el Congreso del Estado de Michoacán emitió la primera Ley de División Territorial que dividía al estado en cuatro prefecturas, 22 departamentos, 61 municipalidades y 207 tenencias. Seis de ellas fueron asignadas a la capital. Así, San Miguel participa de la historia moderna de nuestro estado, ocupando el lugar que se merece, por la constancia y firmeza de su gente.

Ya sea que se haya seguido el camino directo a San Miguel, o hayamos explorado la zona hacia el rumbo de San José de las Torres, los breves valles se acompañan de campos de cultivo y bardas de piedra, admirablemente regulares en su arreglo vertical. Se ven sólidas, bien plantadas en su sitio, han visto pasar a incontables caminantes y gente aventurera que se interna en los caminos. Ambientes como estos ofrecen senderos que al internarse en el terreno y los enclaves de cerros generan una red, entran y salen del bosque, y vuelven a toparse con la carretera en diferentes puntos.

Muy pronto el deseo de conocer las Cascadas de Ichaqueo domina el ánimo. Hay que ir hacia allá, más allá de San Miguel, cruzando el pueblo por la calle José María Morelos que pronto vuelve a convertirse en carretera. Súbitamente ésta se interrumpe con una terracería, pero más adelante se reconstituye en pavimentado y el andar nos devuelve la certidumbre. Esta ha sido la primera prueba que pone el recorrido a los sentidos: hay que confiar en el camino y lo que ofrece, aún cuando claudiquemos a la tentación de ubicarnos en el mapa a través de un GPS. La red nos ha abandonado hace un rato. Hay que seguir sabiendo que llegaremos a nuestro destino.

Al caminar entre los cerros, se pueden encontrar arroyos de agua limpia.
Crédito: ADID JIMÉNEZ



La producción de resina en San Miguel del Monte es una actividad que los pobladores de esta comunidad aún realizan. La materia prima es utilizada posteriormente para uso industrial.

Crédito: LORENA SALGADO



Apenas cinco kilómetros más adelante se encuentra el pueblo de Ichaqueo. La indicación es inconfundible. En la primera tienda que se encuentra en el camino hay una calle de tierra hacia la izquierda. Hay que tomarla y en la primera oportunidad, dar vuelta a la izquierda de nuevo, bordeando un enrejado. Apenas unos metros más y debemos parar, bajar del automóvil que deberá esperarnos ahí.

Para continuar el camino hay que cruzar dos cercas. Sus puertas son postes de madera sujetos por un alambre que podemos desatorar y volver a colocar. Esto ya nos da un sentido especial a valorar. Estas tierras tienen propietarios individuales, otras son comunales. Las cascadas nos pertenecen a todos y a nadie. El camino es respetado por todos quienes habitan aquí, nosotros como visitantes debemos hacer lo mismo.

Los primeros pasos nos revelan un descampado con un depósito de madera y algunas casas con pórticos llenos de flores y algunos magueyes. El bosque nos atrae y comenzamos el descenso en el terreno. Los caminos se bifurcan en un punto y más adelante vuelven a reunirse, así podemos confiar en ir simplemente hacia adelante sin riesgo de perder el rumbo.

Los sentidos vuelven a ser guía. Apenas nos hemos internado un poco en el bosque y el agua ya suena a la distancia. Está a nuestra derecha, hacia abajo. A partir de aquí el oído será la guía, instrumento de la intuición.



Una mariposa es vista sobre el huinumo de pino que cubre el suelo en Ichaqueo, en las cercanías de la tenencia San Miguel del Monte.
Crédito: LORENA SALGADO



En nuestro camino habrá, de repente, otro enrejado. Hay que reconocer que esta riqueza natural es protegida y gestionada por sus habitantes. Un letrero nos avisa que el Ejido La Cuadrilla, en el que nos encontramos, es una zona de manejo forestal y recolección de resina de pino, que participa del Programa Nacional Forestal (PRONAFOR). Por ello el sonido del agua que nos atrae se combina esporádicamente con el sonido de motosierras y caída de árboles.

Un grupo de niños arrear ganado en San Miguel del Monte.
Crédito: LORENA SALGADO

Pero seguimos adelante. Debemos girar a la derecha y bordear el enrejado que hemos encontrado, estamos persiguiendo ese agradable siseo del agua en movimiento. Y de pronto ahí está, a nuestra izquierda, el sonido está muy cerca. Salimos del camino y bajamos por un sendero dibujado por el paso del agua cuando llueve. Un muro natural de piedra desliza agua, hemos encontrado el arroyo y una de las cascadas más tímidas.

Las Cascadas de Ichaqueo que encontramos aquí en Agua Zarca no se encuentran en un sólo sitio. El caminante insistente tendrá su recompensa y si sigue río arriba: a lo largo de 200 metros del camino podrá encontrar cuando menos cinco ingresos al arroyo donde el agua se agita sobre sí misma. El tamaño de cada cascada no hace sino aumentar, deleitando todos los sentidos con el baño de una suave luz que ilumina todo e invita a quedarse en el abrigo de alguna sombra. Es increíble la fascinación que nos provoca el agua en movimiento. Este es el espíritu que habita esta zona de Ichaqueo.



Una de las muchas cascadas que pueden ser vistas en la comunidad de Ichaqueo, un atractivo natural muy cercano a San Miguel del Monte.
Crédito: ADID JIMÉNEZ

San Miguel del Monte es el inicio de la Ruta del Mezcal, se entiende que así sea por la abundancia de magueyes que hay en la tenencia.
Crédito: ADID JIMÉNEZ



Remontamos el camino por donde hemos venido, es fácil desandar el rumbo, la caminata es generosa. En San Miguel hay algunos sitios donde comer y refrescarse. Algunos locales ofrecen micheladas y tacos de carne asada. Pero desarrollos como Rancho San Miguel representan las opciones de ambiente más familiar. Sus menús habitados de sopas, quesadillas, pollos y carnes agasajarán a todos los paladares mientras, de nuevo, se escucha el agua. El Río Chiquito pasa por aquí, cruza el pueblo y el rancho, descendiendo hasta convertirse en el eje que conocemos como Avenida Solidaridad, ya en Morelia.

Hay diversos desarrollos turísticos que ofertan tirolesas de 500 metros de largo —para quienes gustan de la emoción producida por la mezcla de altura y velocidad— y muros de escalada. Todo en el ambiente tranquilo que ha poblado esta incursión a la naturaleza más próxima a nuestra capital.

Para los habitantes de este pueblo, el Arcángel San Miguel —a quien está dedicado el templo local— es el guardián de las almas y la región que visitamos. En el tiempo de Carnaval bailan en el atrio y celebran el tiempo por venir de la purificación durante el periodo de Cuaresma. El Arcángel desde el altar les mira. Y nosotros que compartimos todo esto debemos contribuir a proteger y conservar tanta riqueza natural y espiritual.

Finalmente, habitamos juntos todo esto que reconocemos más ampliamente como Morelia.

Los amantes de los deportes extremos disfrutaron el fin de semana en San Miguel del Monte. El lugar cuenta con sitios específicos para la práctica del motociclismo.

Crédito: LORENA SALGADO





El antiguo puente que cruza el Río Grande aún se mantiene firme. Sobre él circulan todos los días cientos de personas.

Crédito: IVÁN RUÍZ

Atapaneo

Una visita a la Tenencia de Atapaneo se antoja como un viaje en el tiempo. Porque para llegar a esta zona del noreste de la capital hay que atravesar la Ciudad Industrial, un remanso de lo que hace no mucho tiempo fue un signo importante para Morelia, antes que transitara hacia una economía basada en servicios. Fábricas, galeras y bodegas flanquean la carretera que se adorna en su camellón con camelinas, esa planta de colores maravillosos que incluso da nombre a un segmento importante del anillo periférico de la ciudad.

El Centro Histórico conecta con la periferia a través de la avenida Madero, es la ruta libre que podía tomarse para viajar hacia la Ciudad de México, atravesando los poblados de Ciudad Hidalgo y Maravatío, antes de que se construyera la autopista. Más allá del circuito del libramiento, muy rápidamente se deja atrás el trajín urbano. Se aprecia la tranquilidad creciente conforme la vía serpentea por lomas leves, tomando la desviación hacia el poblado de Charo a la altura del anuncio que indica la dirección hacia el Recinto Ferial.



Vista del kiosco en el jardín central de Atapaneo. Está hecho con cantera, piedra abundante en la zona.

Crédito: MÓNICA MORALES



La entrada de Atapaneo se halla rodeada de negocios. La tortillería, una farmacia, una llantera, un local que vende macetas de barro. Los hambrientos verán recompensada su paciencia con unos deliciosos tacos y consomé al borde de la carretera o unas carnitas estilo Michoacán a una cuadra internándose en el poblado.

La calle principal se llama —tal como ocurre en muchos otros poblados del estado— José María Morelos. Nos lleva directamente hacia el centro de la tenencia, donde hallamos la Plaza Principal, en la esquina con Melchor Ocampo. Su traza sigue las mejores tradiciones de antaño: un kiosco de cantera al centro, con una planta de ocho caras. Se accede al interior mediante una pequeña puerta metálica. Esta configuración es la misma que la del kiosco de Plaza de Armas de Morelia. A este nivel se conectan las tenencias con su cabecera municipal: estilos, tradiciones, añoranzas formales.

Una bodega abandonada en los límites de la tenencia fue convertida en un espacio para la práctica del *gotcha*.

Crédito: IVÁN RUÍZ

Rodean al kiosco ocho calzadas que, en sus espacios intermedios, exhiben jardineras con fino pasto recortado y una variedad interesante de árboles y plantas de ornato. Para sorpresa de la mirada observadora, predominan los naranjos. Éstos coronan de sombra las bancas que se distribuyen por toda la plaza, premiando a quien decida descansar o socializar en sus espacios, aún en las horas más intensas del sol al medio día.

Frente al kiosco, en la calzada noreste, se halla una fuente de cantera de hechura moderna, que remata en su centro con una imagen de la Virgen de Guadalupe. Ella mira hacia la fachada del templo local, también moderno en sus acabados, con ventanas y puertas ojivales decoradas de amarillo y blanco.

Mucha de la arquitectura tradicional no se ha conservado. Entre sus materiales habituales encontramos al tabique y el cemento, zaguanes de metal, balcones y ventanas de estilo ecléctico. Por eso digo que visitar Atapaneo es como un viaje en el tiempo: es como si transitáramos por distintas épocas de Morelia en un sólo día, una década junto a la otra, ocurriendo simultáneamente. Porque la arquitectura en Atapaneo demuestra actualidad en sus materiales, pero tradición en sus espacios. Una gran cantidad de casas tienen solares con una jardinería envidiable, absolutamente visible tras sus enrejados y portones. Es común encontrar a sus habitantes regando o limpiando sus plantas. Gozan de sus espacios interiores.

Volviendo a la Plaza Principal, encontramos que es punto de encuentro de cuatro elementos rectores de su vida cotidiana. Al templo ya lo hemos mencionado. Al sureste se encuentra la Jefatura, en la que una placa de mármol nos aporta la fecha en que este lugar fue ascendido a su condición actual de Tenencia y su primer titular: Antonio Quintana Sierra, 1947. En el interior del patio encontramos un mural conmemorativo por los 206 años del encuentro entre Miguel Hidalgo y José María Morelos para su incorporación en la lucha de independencia, un 20 de octubre de 1810.

Al suroeste se encuentra el Centro de Salud y su cancha de basquetbol. Y finalmente al noroeste la Oficina de la Comunidad Agraria y el Auditorio Ejidal. Estas cuatro fuerzas, con sus símbolos y acciones, convergen en la plaza del pueblo: Iglesia, Jefatura, Municipio y Ejido. La vida pública es compleja, pero puede ser pacífica. Esto se respira en la tranquilidad de un medio día bajo la sombra de los naranjos.

Vista panorámica de la jefatura de tenencia de Atapaeo. Además del mural, destaca la torre con bocinas, usadas para dar mensajes importantes a la población.
Crédito: ADID JIMÉNEZ



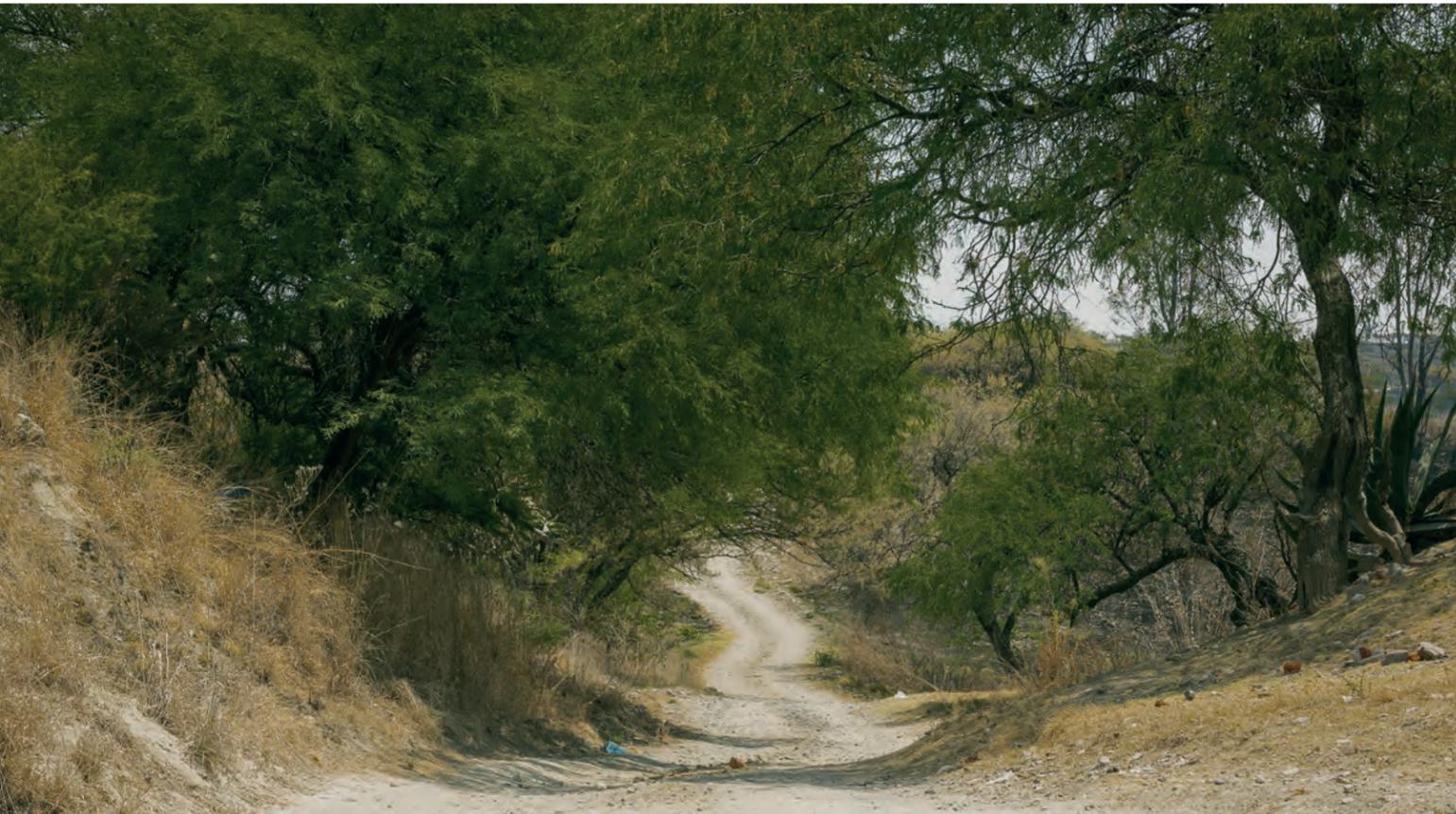
En la calle Morelos, esquina con Miguel Silva, encontramos una pintura mural. Celebra el regreso de los migrantes en el año 2018. En el muro derecho, se retrata el duro camino a través del desierto; en el de la izquierda, la alegría, la fiesta, el baile y la comida que se comparte por su vuelta cada año. Esta fiesta es una de las más importantes que se celebran en Atapaneo, la otra es el día de la Virgen de Guadalupe, el 12 de diciembre.

Casi todas las calles del pueblo topan en algún momento con las vías del tren. Éstas rodean al pueblo y se pierden en el horizonte. Pero en un punto son atravesadas por el Río Grande, el cual puede seguirse en contrasentido a su caudal por medio de una brecha. Caminar río arriba siempre ofrece sorpresas, así que hacia allá nos dirigimos.

Atapaneo es como un viaje en el tiempo: es como si transitáramos por distintas épocas de Morelia en un sólo día, una década junto a la otra, ocurriendo simultáneamente.

La caminata nos obliga a cruzar la carretera hacia un camino que guía a espaldas de la Escuela Secundaria Técnica “Luis Donaldo Colosio”. Se abren diferentes senderos que se alejan o aproximan al serpenteo del río, bordean algunos terrenos de sembradío hasta llegar a un cenador, bracero incluido, a la sombra de un gran árbol.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?
¿Quién dispuso este espacio?
¿Cómo no lo advertimos antes?



En los cerros aledaños hay varios caminos de terracería que conectan hacia otras poblaciones. Algunos aventureros los recorren en bicicleta.
Crédito: MÓNICA MORALES

Atapaneo está repleto de espacios así: discretos pero sorprendentes. Entregándonos a las direcciones que guían los senderos y al tiempo llegaremos siempre a un lugar que provocará asombro, que también nos dará un momento para estar en paz.

Frente al cenador se adivina otro sendero que se dirige hacia la punta de una loma. Se antoja subir ahí para obtener una panorámica de la zona. El camino es generoso y fácil de recorrer, basta con fijar el rumbo hacia las torres de luz que entran al pueblo por la parte más alta de esta pequeña cumbre.

Vista panorámica de la tenencia, desde uno de los cerros circundantes. A la derecha se puede observar parte de la Ex-Hacienda de Atapaneo.
Crédito: JORGE LANDÍN



Desde la altura se divisa toda la amplitud de Atapaneo y Allende sus límites, su integración al terreno, su ubicación privilegiada respecto a las rutas de tren y las automotrices, su cercanía con el verdor de los bosques, la diversidad de sus caminos que cruzan la topografía. En esta altura sopla el viento suave pero continuo; se antoja para volar un papalote bajo esta luz de sol que todo lo cubre.



Fachada de la Parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, ubicada en la zona norte del pueblo.
Crédito: IVÁN RUÍZ

Abundan aquí los mezquites y huizaches, conviven con otros árboles cubiertos en sus ramas por orquídeas y otras plantas epífitas. Bajo su sombra pastan algunas cabras que viven en terrenos aledaños, y sobre sus copas sobrevuelan aguilillas que aprovechan las corrientes de aire caliente para ganar altura. Se alcanza a ver más allá de Tres Marías: los cerros Blanco y Prieto (sobre el que lucen tres antenas de comunicación) y la barranca de Tres Marías, conocida por algunos como Las Joyas.

Más allá de Atapaneo, siguiendo la dirección de la carretera, se encuentra el área conocida como El Pino, que colinda con el siguiente poblado. Hacia ese lado, se extiende a la vista una red de senderos que se antojan para recorrer en bicicleta o a pie, con la posibilidad de volverse a encontrar con la carretera y volver con la confianza de no haber perdido el camino.

Así lo confirma un grupo de ciclistas locales que aparecen en la plaza de Atapaneo. “Venimos desde Charo, siguiendo la brecha, la del río. Hacemos como una hora y media de allá a acá, y eso que paramos a descansar varias veces. De corrido hacemos como 40 minutos.”



Suena en el centro del pueblo un perifoneo, desde cuatro altavoces que se encuentran en un poste. Pertenecen a una casa particular sobre la calle de Ocampo, a media cuadra de la Jefatura de Tenencia. Una voz femenina y llena de energía anuncia que “la Güera” ha llegado desde La Aldea para vender cocos. Tras otro descanso en la plaza, bebiendo y comiendo coco, encuentro a un grupo de señores que conversan animadamente.



Un hombre camina tranquilamente por los caminos de terracería de la tenencia.

Crédito: JORGE LANDÍN

A la sombra de un naranjo, hablan de sus amigos, sus recuerdos. Lo hacen dignamente, vistiendo sus botas lustradas, pantalón de vestir, camisa a cuadros sobre una camiseta y sombrero arriero con la cinta en la nuca.

Con esta elegancia y recato conviven en su pueblo, a la vista de todos, recuerdan. Viajan en el tiempo mientras habitan el presente. Así es andar al interior de Atapaneco.





Tacícuaro

Hay un ruedo a un costado de la unidad deportiva de Tacícuaro. El jaripeo es una actividad importante para la comunidad, es quizás el mayor entretenimiento en la zona.

Crédito: ADID JIMÉNEZ

El oeste de Morelia guarda numerosas sorpresas bajo un manto diverso y polifónico de anuncios y ruido urbano. Centros nocturnos, gasolineras, viveros, locales de autopartes y amplios desarrollos habitacionales hacen que el tránsito por la zona venga acompañada de un intenso trajín de autos y transporte público.

La avenida Madero se desplaza hacia las afueras de la ciudad, distribuyendo rutas a diferentes colonias y comunidades que viven su identidad como algo muy distinto al Centro Histórico y las zonas más comerciales. Quien conserve la idea de que Morelia es un pañuelo, una ciudad muy pequeña y predecible, puede experimentar la diversidad muy de cerca mientras recorre esta región.

Más allá de la plaza de toros El Relicario se han establecido numerosos fraccionamientos de extensión sorprendente. Una vez que han quedado detrás, la carretera se reduce de dos carriles a uno solo, el clima caluroso comienza a ser distinto, la tierra adquiere otro color y la densidad de árboles se hace notar.

De pronto, un par de cerros dominan el paisaje. Sus entrañas han quedado al descubierto por la explotación de sustratos que se emplean para la construcción. Pronto sus grandes dimensiones quedarán reducidas a montículos esporádicos; la mano humana va minando así la topografía, de forma paulatina pero constante.

Apenas unos metros después de la desviación a Cuto de la Esperanza y Teremendo de los Reyes, una ruta se abre hacia la izquierda. Es el camino a Tacícuaro. En el entronque encontramos un restaurante agradable y modesto, que sirve un *buffet* de comida típica y tostadas ceviche y camarón. El tendero presume sus 20 años de experiencia en la preparación de estas tostadas. Tiene razón: la calidad se hace notar con el primer bocado. Es una parada recomendable para quien ha salido de la capital con un hueco en el estómago.

La entrada a Tacícuaro es una recta flanqueada por un par de campos de siembra, pero el de la derecha destaca al tratarse de un campo de nopaleras. En este momento son ejemplares pequeños; pero al crecer harán notar su acomodo regular y su gran vitalidad. Al llenarse de tunas será un gran espectáculo.

Basta caminar un poco para toparse con la naturaleza en todo su esplendor, específicamente hacia la unidad deportiva de Tacícuaro.

Crédito: ADID JIMÉNEZ



Quien conserve la idea de que Morelia es un pañuelo, una ciudad muy pequeña y predecible, puede experimentar la diversidad muy de cerca mientras recorre esta región.

Las abejas del género *Diadasia* se encuentran cómodas en Tacícuaro. Son insectos selectivos, sólo buscan las flores de algunos tipos de plantas, en este caso, de un nopal. Crédito: ADID JIMÉNEZ



Cuatro postes de cantera resguardan un discreto puente que permite cruzar una brecha. Por ahí cruza un río de breve caudal, El Vallado, que se formó por la brecha que tuvo por objetivo evitar que en temporada de lluvias se inundara el pueblo. Este arroyo continúa su camino hasta La Mintzita, célebre por sus aguas abundantes.

El pueblo recibe a sus visitantes con líneas de adornos de colores amarillo, rojo y blanco (los colores insignia de Morelia, reminiscencias de la identidad española de la capital) que cruzan la vía gracias a su apoyo en postes y las cornisas de algunas casas. La ruta es discreta pero fascinante por los muros de adobe que aún siguen en pie, tras los cuales se adivina una vegetación abundante y espontánea. El orden constructivo de estos muros está a la vista: la parte más baja es un acomodo de piedras de diferentes tamaños que pueden, incluso, incorporar algunas lozas de barro. Sobre esta franja, los tabiques de adobe alcanzan una altura de más de dos metros. Algunas partes han caído por el empuje de ciertas ramas de árboles que asoman su follaje.

Si descuidamos nuestro andar, pasaremos Tacícuaro de largo al seguir de frente, incorporándonos a la carretera rumbo a Cuanajillo, San Nicolás Obispo y La Mintzita, pero vale la pena extraviarse un poco pues el paisaje es impresionante. Campos de matorrales y algunos encinos, hileras de yucas de gran tamaño indican el camino. El gran protagonista es un cerro muy alto y de faldas extensas que la vía rodea sin internarse demasiado en la cuesta arriba.

Tacícuaro significa "Lugar de descanso". En la plaza los habitantes se sientan a conversar y pasar el rato.

Crédito: LORENA SALGADO



Rectificando el camino, entramos al centro de Tacícuaro. La plaza nos recibe con una camelina de grandes dimensiones, una palmera y un kiosco de aspecto tradicional: ocho caras, herrería de oficio y teja en buenas condiciones.

El pórtico en el extremo oeste de la plaza resguarda la jefatura de tenencia y lo que no hace mucho buscaba ser el Centro Cultural del pueblo. Hoy es un sitio dedicado a la alfabetización de adultos, salones para talleres y aulas con computadoras abiertos al público. La pizarra de la jefatura cumple un par de funciones de antaño: se anuncia la lista de personas que adeudan el pago del agua y quienes han recibido correspondencia recientemente. Este sentido comunitario de los servicios se ha perdido en las grandes urbes, pero en sitios como este representa la conservación de una identidad colectiva, que se manifiesta en la organización de ciertos aspectos de la vida cotidiana.

Muy cerca de ahí se encuentra el acceso al templo de Nuestra Señora de la Asunción. Un atrio amplio se extiende a los extremos, herencia directa del uso procesional que se le daba a estos espacios en la época colonial. Aquí en Tacícuaro ya se tenía noticia de un templo de cal y canto desde 1570, aunque no se conserva la fecha exacta de su construcción. El templo actual, de altos techos y maciza construcción de piedra, es resultado de una ampliación que ocurrió en el siglo XIX.

Fachada y campanario del templo de Santa María de la Asunción, edificio construido en el siglo XVI. Ambas construcciones tienen como base la roca volcánica que abunda en la zona.
Crédito: ADID JIMÉNEZ



La advocación de la Virgen aquí hace que una de las fiestas más importantes del pueblo ocurre el 2 de febrero, día de La Candelaria. Y hace un par de años se ha intensificado la celebración del Carnaval a principios de marzo. Los toritos de petate recorren sus calles acompañados por bandas de a pie, mientras niños y jóvenes se persiguen entre sí para cubrirse de harina o confeti contenidos en cáscaras de huevo.

Pero la fiesta más grande es la patronal: el 15 de agosto, día de la Virgen de la Asunción. Sin embargo la temporada no permite mucha algarabía, suelen ser días de lluvia, por lo que las celebraciones se han concentrado en los primeros meses del año, más secos y generosos para pasar los días al descubierto. Así, los jaripeos han ido extendiéndose entre el 2 y el 5 de febrero, aprovechando la fiesta religiosa y la conmemoración de la Constitución de 1917. La cita es en la plaza de toros, que se encuentra a un costado de la unidad deportiva.

Hoy día es posible encontrar que el cercado de la plaza está pintada de blanco, pero en otros años, la puerta que libera a los toros que someten a prueba las habilidades de sus jinetes, se decora con la imagen de San Francisco de Asís joven. Confiarse a esta imagen, inspiración de amistad entre hombres de bien y los animales, refuerza el sentido espiritual para enfrentar las adversidades. Por la misma razón, muchos jinetes acompañan sus atuendos vaqueros con medallas de San Judas Tadeo, patrón de las causas desesperadas. Estos símbolos respaldan el valor de someterse a la energía vertiginosa de los reparos de un toro, con la esperanza de salir victorioso en la combinación de fuerza y técnica sobre la montura.

Finalmente, el Cerro El Águila representa un atractivo interesante para los viajeros de aventura. En sus faldas la vegetación se compone de arbustos y matorrales. Pero camino arriba, los encinos abundan en extensión y los pinos se concentran muy cerca de la cima. Se dice que desde ahí puede dominarse todo el paisaje circundante, e incluso, se alcanza a ver el Lago de Pátzcuaro. La caminata puede durar hasta tres horas de subida, durante la cual pueden hallarse sitios que invitan



a acampar cómodamente una o dos noches. La cuesta del Cerro El Águila es amigable para quienes experimentan con sus bicicletas de montaña, ofreciendo la oportunidad de hacer recorridos que cuesta abajo se vuelven emocionantes por la velocidad que se adquiere.

Tacícuaró es un sitio abierto que tiene estas tres facetas que pueden deleitar a cualquiera: la tranquilidad para pasar un día en el campo con la familia, la algarabía que ocurre en sus días de fiesta, y la diversidad de un territorio propicio para aventurarse en la naturaleza.

Es un pueblo con una amplia historia y abundante memoria, que se aprecia incluso en las bancas que habitan su plaza central. Algunas exhiben los nombres de habitantes que las donaron (Froylan Gutiérrez, Antonio Rivera, Agustín Chávez Jr., entre ellos).

El artesano requiere de la tierra molida finamente para poder fabricar tejas de alta resistencia.

Crédito: MÓNICA MORALES



Una vez que han salido del horno, las tejas son ordenadas para su posterior venta.

Crédito: MÓNICA MORALES



Con ayuda de un molde, arena y muchos años de práctica, Héctor Sosa es capaz de elaborar miles de tejas. Una cosa es importante: sólo trabaja sobre pedido, ya que el oficio dejó de ser rentable para los habitantes de Tacícuaró.

Crédito: ADID JIMÉNEZ



Hasta los detalles más pequeños sugieren que el pueblo entero es un documento que habla de sus tradiciones y aspiraciones. Es lo que es, y es maravilloso. Y puede serlo aún más.



Cuto de la Esperanza

Torito de pirotecnia en la plaza principal de Cuto de la Esperanza, como parte de la celebración de la Santa Cruz, la patrona de la tenencia.

Crédito: ADID JIMÉNEZ

A pesar de que su extensión ya tiene dimensiones importantes, Morelia tiene la ventaja de ser una urbe de cierta brevedad. No hace falta ir muy lejos para salir de ella. Y hace falta hacerlo de vez en cuando, para apaciguar las emociones, excluirse un rato de las preocupaciones modernas, escapar por un momento del barullo citadino.

El oeste de la capital nos dirige al rumbo de Capula y, más allá, Quiroga. Pero sin poner el destino tan alejado del centro de nuestro municipio, se puede tomar la desviación que nos lleva a rodear el banco de arena conocido como “Cerritos”.

Metros antes de llegar al camino que hemos descrito para llegar a Tacícuaro, el camino nos dirige hacia la derecha, apenas pasando una distribuidora de gas bien conocida en la zona. Serpenteando entre dos cerros explotados para la extracción de materiales de construcción, encontramos un paraje habitado por una marcada tranquilidad.

A pesar de la profusión de yucas en el paisaje, de pronto nos sorprende una hilera de palmeras que bordean el camino. Tras una curva leve hacia la izquierda, admiramos muy cercana la comunidad de Cuto de la Esperanza. Ocupa el punto más lejano de una larga recta que describe una “U” frente a nosotros.

Sorprende esta “puesta en escena” del pueblo, la apariencia que tiene de habitar una plataforma natural que fuera preparada especialmente para sus habitantes. No en balde se ha especulado que el nombre de esta tenencia signifique “lugar de tortuga”, que pueda provenir de la voz en p’hora *cutzi* refiriéndose a la luna, o del náhuatl *cutuche*, que significa “cortado”.

A pesar de estos posibles orígenes, queda claro que Cuto se encuentra descansando en una superficie que ya evoca un sitio en el cielo, o en el interior de la tierra. Deteniéndose en la carretera un momento para admirar esta vista, se antoja que por debajo de la plataforma que habita

el pueblo emerjan las patas y cabeza de una gigantesca tortuga, sabia y antigua, como la Vetusta Morla en *La Historia Interminable* de Michael Ende.

Cutu, Cutuo, Santa Cruz Cuto, San Juan Cutu, Cutto, Cuto Seco. Tal es la variedad con la que se ha nombrado a este poblado de antigua fundación. Data su origen, de acuerdo a algunos pobladores, en 1594, tras la unión de los ranchos La Cantero, Las Caricias y La Palma. Los primeros registros de colonizadores Cuto nos dirigen, entre otros, a la familia Villalón Pérez.

Ningún poblado emerge aislado. Cada uno puede contar su historia con mayor precisión si se considera que las sociedades son integrales, a pesar de sus relaciones de poder y jerarquía. Esto es particularmente importante en el caso de Cuto, pues las primeras noticias que se tienen de esta comunidad se encuentran relacionadas principalmente con Capula y Tacícuaro.

Muestra de ello es que los documentos coloniales que narran las diligencias de bautismos, matrimonios y fallecimientos de habitantes de Cuto se encuentran en los históricos registros de Capula. Y se sabe que hasta 1776, Tacícuaro gozaba de sus terrenos, hasta que la región fue arrendada por Francisco Villalón por un periodo de 9 años.

La historia de Cuto continúa de la mano de otras familias, como los Pérez —que terminaron emparentándose con los Villalón— y diversas castas, como algunos criollos, mestizos, mulatos y lobos (hijos de negros e indígenas).

Pero en 1810 ocurriría un hecho que marcaría la vida del pueblo definitivamente. El 17 de noviembre de ese año, Miguel Hidalgo pasaría por Cuto rumbo a Guadalajara. Así lo testimonia la estela de piedra que se levanta en la plaza principal de la comunidad. Se trata de una base trapezoidal que sostiene en lo alto la cabeza de un águila. En ambos extremos se encuentra labrada la palabra “Libertad”.

Cutu
Cutuo
Santa Cruz Cuto
San Juan Cutu
Cutto
Cuto Seco



No ha sido la única ocasión en la que Cuto ha sido vinculada con los ideales de una nación soberana y justa, a través de personajes muy especiales. Aquí nació, en 1927, un artista mexicano que ha logrado consolidarse durante su longeva vida como autor de obras comprometidas con movimientos sociales, luchas populares, el desarrollo de los pueblos indígenas y el impulso a la educación. Adolfo Mexiac es autor de grabados icónicos de la cultura mexicana como *Libertad de expresión* (1954), ampliamente difundido durante las protestas estudiantiles de 1968 —tanto en México como en Francia— y de diversos murales en sitios de relevancia cultural y política: en el edificio del Congreso de la Unión de San Lázaro (Ciudad de México), la Casa de la Cultura de Morelia y el Centro Cultural Clavijero, también en la capital.

Cuto de la Esperanza es una población que orgullosamente se reconoce como pionera en el jaripeo ranchero, que lo mismo divierte a los habitantes del pueblo y a sus familiares migrantes, más habituados a los rodeos que se celebran en diferentes estados de la unión americana. La diferencia entre los jaripeos rancheros y los rodeos norteamericanos es que en los primeros el jinete debe permanecer en su montura hasta que el toro detenga sus reparos, mientras que los segundos tienen como regla principal la resistencia del jinete en su sitio durante un tiempo mínimo.

Una parvada de tordos sobrevuela la pequeña represa ubicada en las afueras del pueblo.
Crédito: ADID JIMÉNEZ



Al igual que sus comunidades vecinas, la fiesta de la Virgen de Guadalupe guarda un lugar especial en el calendario, pues no sólo se trata de una celebración en que se aprovecha para venerar a la Virgen de la Esperanza —cuya imagen se conserva en el templo y en parte da nombre a la población— sino que también se festeja alegremente el regreso de los familiares migrantes en Estados Unidos.

La fiesta oficial de la tenencia ocurre el 3 de mayo, día de la Santa Cruz, a quien se dedica el templo y el cerro que puede mirarse desde casi todo punto del poblado. El templo tiene un aire modesto, una elegante sobriedad. El piso está decorado con lozas tradicionales de un patrón formado con colores amarillo, blanco y rojo profundo. Sus bancas son de madera clara, los muros sencillos aunque delicadamente decorados con hojas de parra, flores de lis y racimos de uvas. Sorprende la conservación de su techo de madera, y su retablo es una clara muestra de riqueza en lo esencial.

Fachada del templo de Cuto de la Esperanza durante la fiesta de la Santa Cruz, la patrona de la comunidad.
Crédito: ADID JIMÉNEZ

Detalle de la torre del templo en Cuto de la Esperanza. Se lee 1947, posiblemente un año en el cual se realizaron obras relevantes en el edificio.
Crédito: ADID JIMÉNEZ



En el espacio central la Virgen de la Esperanza preside la nave de la iglesia, mientras en la parte superior la Santa Cruz remata todo el conjunto. En los cuatro extremos de este muro encontramos dos pebeteros de piedra, cada una con su llama, y dos figuras más: el Cristo en la Cruz y la Virgen de Guadalupe. Dos figuras más habitan el espacio: el Sagrado Corazón en un extremo y San Judas Tadeo en el otro.

En los pequeños detalles se encuentra el encanto. Dos querubines decoran las patas del altar y, en la base del retablo, dos arreglos de flores y conchas marinas en color dorado dignifican el lugar. Los candelabros de cristal engalanan la vista al alzar los ojos, mientras se puede estar en silencio admirando la entrada de luz por los generosos ventanales.

En la fachada del templo encontramos tres inscripciones que fechan diferentes momentos de la construcción. Un remate de la cornisa superior indica el año 1873, el cual puede representar el primer registro tangible del inmueble. En la parte alta de la puerta principal se lee 1942, refiriéndose al año en que se llevaron a cabo algunas remodelaciones y, finalmente, otra de 1947. Así en el templo se ha ido registrando su desarrollo a manera de documento edificado, que puede complementarse con algunas inscripciones encontradas en el campanario.

En una campana puede leerse “1819. M. Antonia de Sta. Cruz”. Otra tiene la inscripción “Cuto de la Esperanza. Mayo 3 de 1954. Y la última indica que fue “Donada por los vecinos del pueblo de Cuto de la Esperanza, Mich. Bendecida por el Sr. Arsob. Luis M. Altamirano y Bulnes. María de la Cruz. Abril 20 de 1947”. Estos testimonios llaman la atención sobre el hecho de que, como toda obra religiosa, el templo se ha enriquecido mediante las participaciones colectivas de los feligreses a lo largo del tiempo. La iglesia no es la institución por sí sola, sino la reunión de la gente.





Este recorrido por Cuto de la Esperanza quedaría incompleto sin la caminata hacia el Cerro de la Cruz, en cuyo punto medio se encuentra un descanso marcado por un altar y un crucifijo de buenas dimensiones. Desde ahí, con la luz del medio día, puede admirarse el paisaje en toda su amplitud y riqueza.

Cuto ofrece algo que el turismo comercial no suele ofertar: la oportunidad genuina de descubrir la variedad de atractivos de nuestro país sin la mediación del dinero y los productos turísticos. **Quien goza de Cuto lo hace en contacto con su gente y el ambiente circundante.** La conclusión radica en reconocer que la tranquilidad y la sencillez no tiene ningún precio.

Una brecha conduce desde la población hacia los corrales y zonas de cultivo de la tenencia.
Crédito: ADID JIMÉNEZ





Morelos

Monumento al Generalísimo
José María Morelos y Pavón,
en la plaza principal de la tenencia
que lleva su nombre.
Crédito: ADID JIMÉNEZ

No le vendría mal el mote de “Distrito de la Educación” a la Tenencia Morelos. Pocas áreas de la capital michoacana tienen tal densidad de escuelas a tan diferentes niveles. El Bachillerato Tecnológico Agropecuario Núm. 7, la Dirección General en Michoacán del CONALEP, la Escuela Secundaria Federal 15 de mayo y el Centro Educativo “Melchor Ocampo” en uno de los costados de la plaza principal.

En los terrenos superiores de la tenencia, el Campus Morelia de la Universidad Nacional tiene presencia desde 1995, año en que el gobierno de Michoacán donó a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) una superficie de 10 hectáreas, con lo cual se programaron construcciones para albergar institutos de Astronomía, Ecología y Matemáticas. El Campus se inauguró en 1996 con la entrada en funciones del Departamento de Recursos Naturales del Instituto de Ecología.

Desde entonces la UNAM no ha hecho sino crecer, instalando además la Escuela Nacional de Estudios Superiores (ENES) Unidad Morelia desde el año 2012, con una oferta educativa amplia e innovadora. Historia del Arte, Arte y Diseño, Literatura Intercultural, Administración de Archivos y Gestión Documental, Materiales Sustentables; son algunas de las oportunidades de formación universitaria a la que pueden acceder jóvenes michoacanos y de todo el país. Abonando a esta idea de que Morelia es principalmente una ciudad de estudiantes.

En la misma zona, la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH) y el Instituto Politécnico Nacional (IPN) también cuentan con terrenos que se emplean con fines muy diversos. Y junto con ello vale la pena recordar que el origen de la tenencia se encuentra anclado, además, a las instalaciones de la Escuela Secundaria Técnica Número 13. En su interior se encuentra el antiguo casco de la Hacienda La Huerta, que fue motivo de disputas entre habitantes, trabajadores y las autoridades educativas de la Escuela Agrícola que en 1925 se abrió con la visita del entonces presidente Plutarco Elías Calles.



Para instalar la escuela, pero también para atender las demandas de la población, el presidente Calles determinó que se les cedieran los terrenos de la Loma de Borucas, el Potrero Borucas y el de Santa Mónica. Esto ocurrió paralelamente a los estudios y obras que tenían el objetivo de sanear esos mismos terrenos, canalizar el Río Grande para su mejor aprovechamiento, y la perforación de pozos en el valle de Morelia-Queréndaro que se realizaron desde el año 1930.

Para llegar a la Tenencia Morelos hay que tomar la salida hacia Pátzcuaro, al sureste de la ciudad; dejando atrás la zona de Xangari hay que virar a la izquierda por debajo del primer puente vehicular. Subiendo por la carretera antigua, con rumbo a la comunidad de Uruapilla, se encuentra la desviación que a la derecha nos llevará a la plaza principal. Ésta nos recibe con una generosa cantidad de jacarandas en flor, con un área cívica muy amplia y despejada.

Un pequeño canal es visto en las inmediaciones de la Tenencia Morelos.
Crédito: JUAN CARLOS JIMÉNEZ



En el lado sur se encuentra una escultura ecuestre de José María Morelos y Pavón. Se ha dicho en algunos espacios informativos que se trata de una copia fiel, aunque de menores dimensiones, de aquél monumento a Morelos que se encuentra en uno de los extremos del Centro Histórico de Morelia. Sin embargo las diferencias son evidentes: en la Plaza Morelos de la capital, el padre José María levanta su brazo derecha hacia un costado, vestido tal como se le representa con aire digno en muchas pinturas del siglo XIX. Aquí, en la tenencia, lo vemos con un banderín apoyado en la montura, sombrero a la espalda y un atuendo típico de los chinacos, guerrilleros liberales en el Movimiento de Independencia. Esta es la imagen de un Morelos guerrero y popular, integrado a su gente en la lucha por liberar a México de la colonia española.

El estilo del kiosco central de Tenencia Morelos es muy elegante, por lo cual destaca en la plaza remodelada recientemente.

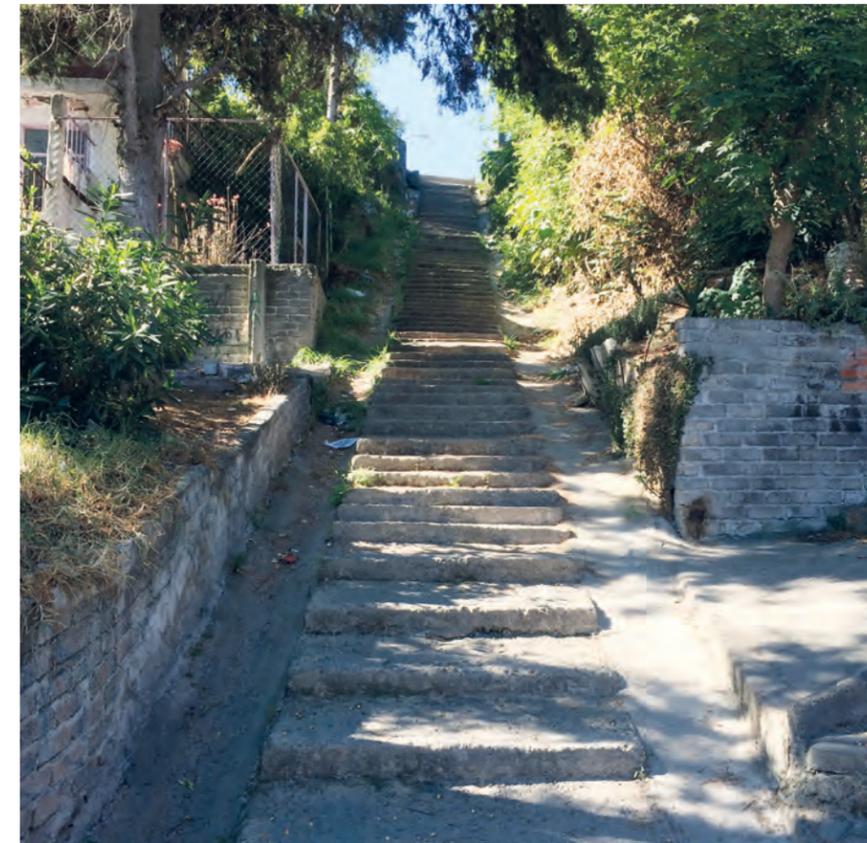
Crédito: JORGE LANDÍN



El kiosco del pueblo está en la parte noreste, con unas características muy especiales. Como los otros que se ubican en las tenencias, tiene ocho caras que se delimitan con herrería decorativa y tiene un cielo de madera. Sus pequeñas dimensiones se adornan con arbustillos en flor, y el terreno presenta un ligero hundimiento al cual desembocan cuatro accesos flanqueados por jardineras y pasto bien recortado. Todo esto permite al público las mejores condiciones para admirar cualquier espectáculo que se realice en el lugar. El kiosco invita a la reunión.

Rodean la plaza numerosos comercios de interés: comida china, pizzas, tacos de carne asada, una tortillería, farmacias. También encontramos la Oficina Ejidal y su auditorio. Estas calles reciben cada semana a comerciantes sobre ruedas donde pueden comprarse quesos de buena calidad, pescado, verduras, entre muchos productos más.

El centro de Morelos es una loma pequeña que se conecta a otras a través de escalinatas, al final de las calles que flanquean la plaza: Sentimientos de la Nación y San Cristóbal de Ecatepec. Al ascender por sus escalones nos acompañan árboles de grandes dimensiones y el canto de muchos pájaros. Apenas nos hemos alejado un poco del área urbana y la naturaleza ya se hace notar de forma importante.



Las conocidas escaleras son un punto de referencia para los locales.

Crédito: JUAN CARLOS JIMÉNEZ

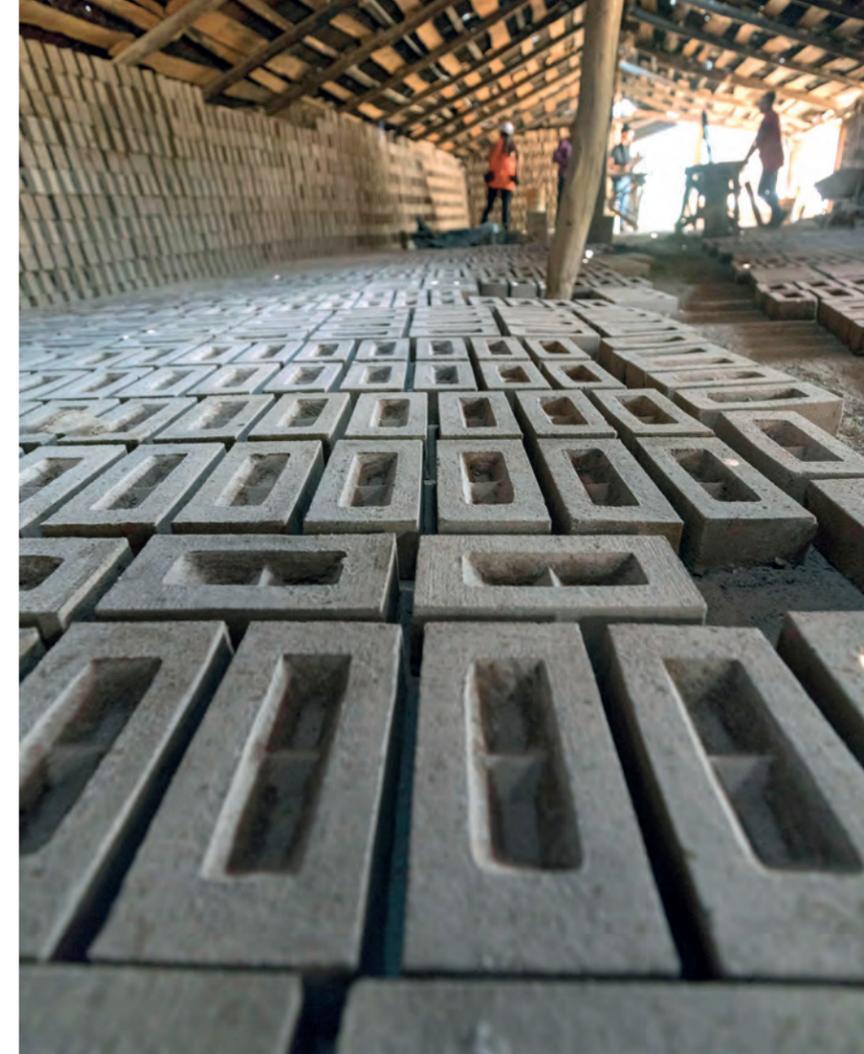


Al final de la escalinata hay un camino sin pavimentar que sorprende por su agradable paseo. Desde varios puntos puede admirarse el centro del poblado, y mientras más avanzamos al oeste la panorámica del valle de Morelia se vuelve más clara e imponente, con el Cerro del Quinceo dominando la perspectiva.

Por ese camino se bordea el cauce del río, no siempre visible por lo tupido de la vegetación, pero el agua suena continua e insistente. Este sendero lleva al campo, entre casas, sembradíos y pastizales, hasta las áreas conocidas como Arquito y Cuisillo. Tras algunas compuertas que controlan el flujo del agua y canales abiertos que bordean algunas viviendas, se llega a un terreno que permite mirar la amplitud del territorio, justo por arriba de La Minzita. Incluso la mirada alcanza hasta la ruta que lleva hacia Quiroga, en la antigua carretera Morelia-Guadalajara. Es una perspectiva excepcional.

Un elemento importantísimo de la tenencia lo constituye la ciclopista Morelia-Pátzcuaro, la cual se encuentra terminada en su primera etapa. Desde inicios del 2018, puede recorrerse desde el entronque con la autopista hacia Pátzcuaro hasta más allá de la presa de Cointzio, casi llegando a Uruapilla. Son 9.8 kilómetros de una pendiente continua, y no demasiado exigente, para quienes gustan de hacer deporte o desean un paseo rodeados de naturaleza sin salir demasiado de la ciudad.

La presa de Cointzio surte de agua a buena parte de Morelia.
Crédito: JUAN CARLOS JIMÉNEZ



Luego de salir de los moldes, los tabiques son puestos a secar antes de entrar al horno.
Crédito: ADID JIMÉNEZ

Ya en ruta, y un poco más allá del Campus de la UNAM, se pasa por el rodeo que es visible a orilla de carretera, a la altura del conocido Club Hípico Morelia. Se aprecian algunas ladrilleras en activo, la carretera serpentea suavemente entre las zonas conocidas como Monte Rubio y Piedra del Indio.

En el año 2005 se declaró la zona como Área Natural Protegida (ANP), para preservar toda esta riqueza ante el crecimiento del área urbana de Morelia. Hay una importante presencia de bosque de pino, encino y eucalipto, bosque mesófilo de montaña y otros tipos de vegetación que, además, significan una diversidad importante de animales terrestres y aves. Pirangas encineras, zafiros de orejas blancas, variedad de pájaros carpinteros, tórtolas y calandrias habitan aquí. También se encuentran coyotes, zorros grises, armadillos, tlacuaches, tuzas y murciélagos.





Un atractivo reciente
es la ciclovía que conectará
a Morelia y Pátzcuaro.
Crédito: JUAN CARLOS JIMÉNEZ

Tanta vida podría campear en abundancia, pero la acelerada ocupación de establecimientos (como restaurantes, fraccionamientos, salones de fiestas y clubes) hace necesario el monitoreo y manejo de las condiciones naturales con que se pueda garantizar cierto equilibrio, tan necesario para no deteriorar el entorno.

Alrededor de la zona de La Campiña hay oportunidades para los más aventureros, como pistas para *downhill* (descenso de montaña con bicicleta), eventos de Pro Crawl (recorridos para vehículos todo terreno) y rutas para senderismo (como las que se describen en la *app* para senderistas Wikiloc). Conocer y disfrutar esta zona de Morelia puede involucrar mucha calma o intensas emociones. Todo depende del visitante.

Finalmente, la presa. Desde la recta que describe su parte más alta, se percibe un ambiente extenso y generoso. El viento corre como en ninguna otra zona de la ciudad, con una frescura que se antojaría tener todos los días. La quietud del agua aún es visible a pesar de la abundancia del lirio. De fondo, al final de una larga escalinata de cantera, con la que se podía recorrer la presa de arriba a abajo, se escucha la revuelta que genera el desfogue hacia el cauce del Río Grande.

Ha sido un arduo andar en dos ruedas cuesta arriba. Tras un respiro, es momento de emprender el regreso por la ciclista hacia la antigua Hacienda La Huerta.

El viento en el rostro lo hará reparador, la pendiente será emocionante. Y habrá que volver, ahora con familia y amistades.





Parroquia de San Juan Bautista,
fue una de las primeras iglesias
edificadas en el municipio de Morelia.
En el Siglo XVI ya contaba con un templo,
el convento, hospital y capilla abierta.
Crédito: IVÁN RÚIZ

Tiripetío

Un hombre nacido en 1504 en Caspueñas, España, nos mira con sus dos manos puestas en un libro. Lo sostiene con fuerza y firmeza, con el espíritu que tiene la cantera labrada por artesanos habilidosos y sensibles. El hábito, formado por diferentes bloques de piedra, cubre su cuerpo y sus pies, apenas expuestos en sus dedos y soportados por sandalias que se antojan compartidas por el calor que cubre el medio día.

Fray Alonso de la Vera Cruz se mantiene erguido en la plaza que flanquea la principal ante el imponente templo y Ex-Convento Agustino de San Juan Bautista de Tiripetío, primer colegio de altos estudios en el continente americano, ahora Centro Cultural inscrito en el patrimonio de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH).



En la imagen, una de las dos estatuas dedicadas a Fray Alonso de la Vera Cruz, fundador de la primera universidad de América.

Crédito: ADID JIMÉNEZ

Además de este colegio y biblioteca, fundó otros en Tacámbaro, Michoacán, y en Atotonilco, Jalisco; y la Real Universidad de México, antecedente directo de la UNAM. Supo aprovechar la llegada de la imprenta a la Nueva España para imprimir, en 1554, el primer curso filosófico que se editó en el llamado “nuevo continente”.

Fray Alonso fue asistente de Vasco de Quiroga, primer Obispo de Michoacán, y le suplió en funciones mientras éste se ausentaba para asistir en Europa al Concilio de Trento. (1545-1563). En su cátedra universitaria abordó, entre otros, los problemas que planteaba la colonización frente a los derechos del pueblo indígena, mismos que procuró defender. Documentó y estudió la lengua p'hore, dedicó sus horas a comprender y reconocer a los indígenas como seres humanos con plena dignidad y como pueblos libres, civilizados, con quienes debiera entablarse un diálogo intercultural, y no una relación de sumisión y explotación.



Fachada del templo y Ex-Convento de Tiripetío. El primero conserva su vocación religiosa, mientras que el segundo se convirtió en un museo a cargo de la Universidad Michoacana. Crédito: ADID JIMÉNEZ



Hoy desde Tiripetío se defienden estas mismas ideas desde la Escuela Normal Rural “Vasco de Quiroga”, con estrategias que no toda la población, ni el gobierno de Michoacán, comparte. Pero la vida en el mundo es compleja fuera de los centros urbanos. Educación, salud, producción de alimentos, economía, protección al medio ambiente, reconocimiento de derechos civiles, fortalecimiento a las identidades culturales. Este es el espíritu que anima a las Normales Rurales de todo el país, como ésta, la “Vasco de Quiroga”, y la “Isidro Burgos” de Ayotzinapa; que no siempre han intercambiado las mejores aportaciones posibles y deseables entre organizaciones estudiantiles y sociedad civil.

Una frontera ideológica separa estas realidades: la de las Normales Rurales y la de la política oficial, así como Fray Alonso de la Vera Cruz se distinguió del resto de los españoles, al defender con argumentos profundos que a los naturales de América no se les podía obligar por la fuerza a la conversión a la fe cristiana, ni justificaba el derrocamiento de los gobiernos originarios, interpretados como tiránicos e injustos por los conquistadores de ultramar.

Las vías del tren contrastan con los nopales que crecen en las orillas.

Crédito: IVÁN RUÍZ



Hoy día la experiencia de muchas personas sobre Tiripetío tiene que ver con el libramiento que dirige hacia Pátzcuaro, habiendo pasado la desviación hacia Santiago Undameo y Umequaro. Esa carretera fue construida tras un decreto publicado en 1994, en el que poco más de tres hectáreas de terreno fueron expropiadas por un valor de \$43,676.55 pesos. Parece un bajo precio. Lo es. El valor de la tierra en el interior de México en buena medida justifica todo esfuerzo por apreciar mejor nuestro territorio y lo que alberga: flora, fauna, identidades.

Apenas 24 kilómetros separan Tiripetío de la capital michoacana, Morelia, desde la salida a Pátzcuaro que inicia desde Xangari, al suroeste. Antes de su libramiento, el acceso se abre a la izquierda brindándonos la ruta que más allá nos dirige hacia Acuitzio del Canje. Una gasolinera, farmacias, abarrotes y vulcanizadoras flanquean la carretera. La calle Benito Juárez dirige el camino hacia el principal recinto de la tenencia: el Centro Cultural Ex-Convento de San Juan Bautista.

El tren cargado pasa constantemente por Tiripetío.

Crédito: IVÁN RUÍZ



Como ya mencionamos, ante sus puertas se encuentra la escultura de Fray Alonso de la Vera Cruz, firmada en su base por Gustavo M. Bermudez. Entre el Ex-Convento y la casa parroquial hay una cancha de basquetbol, abierta y sin enrejear, para quien quiera usarla.

El resto de la plaza es un espacio en forma de “L” habitado por numerosos pinos, algunas palmeras, un par de jacarandas y camelinas desde los cuales cantan un sin fin de pajarillos inquietos que fascinan los oídos al medio día. El sonido de columpios, acompañados de otros juegos para jóvenes y niños, ocupan el espacio hasta llegar al lugar central donde se halla el kiosco principal. Sus seis caras se enmarcan con portales de diferentes características: postes de concreto, trabes de madera y cemento, arcos en el área principal en que se ubica la jefatura de tenencia, hasta la esquina que colinda en el portal Allende, adornada con su fuente y otra escultura de Fray Alonso de la Vera Cruz.

Fachada del templo y Ex-Convento de Tiripetío. El primero conserva su vocación religiosa, mientras que el segundo se convirtió en un museo a cargo de la Universidad Michoacana. Crédito: ADID JIMÉNEZ



El sonido de columpios, acompañados de otros juegos para jóvenes y niños, ocupan el espacio hasta llegar al lugar central donde se halla el kiosco principal.

El templo de San Juan Bautista inicia con la cruz que protagonizaba el atrio, ahora delimitado con algunas casas particulares. Ante la fachada admiramos su estilo sobrio, agustino, enmarcado por algunos santos y un vitral oval, una única torre con campanas y reloj. Su puerta exhibe figuras labradas en la madera, apenas visibles por el paso del tiempo y las inclemencias del ambiente.

Sorprende a su interior la altura de su techo, un artesón sostenido por pilares de madera y decorado con una cornisa superior que semeja un barandal con pasillo. La blancura de sus muros laterales se acompaña con altares de cantera gris dedicados a la Virgen de Guadalupe, San Francisco de Asís y al Cristo Crucificado. En el coro se ubica un órgano antiguo de viento, patrimonio musical invaluable, que aún se encuentra a la espera de ser restaurado y dignificado.

El Ex-Convento, ahora Centro Cultural de la UMSNH, alberga diversos espacios de exposición para obras gráficas y plásticas en sus salas inferiores. Al ingresar nos reciben vitrinas que exhiben diferentes publicaciones que se realizan con el sello editorial del lugar, coordinadas por la Universidad: libros ilustrados infantiles, monografías sobre Tiripetío, crónicas históricas con reproducciones de la Relación de Michoacán, narrativas sobre el medio ambiente local, tratados históricos, estudios antropológicos, investigaciones teóricas y sociológicas. Todo refleja un énfasis en la vocación por el saber que anima la fundación del Ex-Convento y a la misma Universidad, a través de una actividad editorial memoriosa y tenaz, ajena a las presiones del mercado, inspirada por la academia, determinada en la preservación de la memoria.

Una maqueta nos indica la reconstrucción histórica del complejo arquitectónico, con investigación de Igor Cerda, José Francisco Ávalos y Rodolfo James Arcos. Alrededor suyo, en pinturas del maestro michoacano Gilberto Ramírez, se representan a los fundadores del lugar: Diego de Basalenque, Fray Alonso, Fray Diego de Chávez y el converso Antonio de Huitzimengari.



Hacia la planta alta, en la escalinata principal, una presencia especial nos llama la atención: el mural *Luz Vertiginosa* de la pintora Susana Wald, de origen húngaro. Obra sobre el conocimiento luminoso, la sabiduría universal. Representada no sólo por su personaje central, una mujer flotando por los aires —enmarcada con un rompimiento de luz en la forma de la flor de cempasúchil— también por personajes que de manera fantástica representan la naturaleza, el saber, la música y otros aspectos de la vida en general.

En *Luz Vertiginosa*, Susana Wald procura representar “la posibilidad del conocimiento a través de lo amoroso”. Este conocimiento no sólo se manifiesta, en el Ex-Convento de Tiripetío, a través de las publicaciones y las artes, sino también en sus jardines, como el Arboreto: ese espacio dedicado a la conservación y conocimiento de árboles y plantas que habitan en el fondo del edificio.



El mural *Luz Vertiginosa*, de Susana Wald, puede ser visto en el interior del Ex-Convento de Tiripetío.

Crédito: MÓNICA MORALES

Naranjos, aguacates, membrillos, duraznos, guindas, limones, higos, casuarinas. Son especies que se cultivan y documentan en un paseo breve y fresco, enmarcado por el cuidado delicado y dedicado de una jardinería ambientada por los restos de una arquitectura interrumpida. Restos de muros y emplazamientos nos recuerdan que el Ex-Convento fue más de lo que encontramos hoy, incluso exhibiendo pintura mural en las paredes exteriores del templo, que alcanzan a verse desde los jardines que acabamos de describir.

Tiripetío habita una extensión de terrenos agrícolas que esconden senderos para caminantes curiosos y aventureros. Ascienden a los cerros circundantes, e incluso dirigen a un Parque Estatal que en la zona protege y conserva la vegetación local.

Hay mucho más que ver en Tiripetío. Sólo basta el ánimo de conocerle, descubrirle.

Un pinzón mexicano (*Haemorhous mexicanus*) posa sobre la cruz atrial del templo de Tiripetío. Al recorrer la plaza principal de la comunidad, el bullicio de las aves opaca el ruido propio de las actividades humanas.

Crédito: ADID JIMÉNEZ





La plaza principal de Tiripetío también es un campo de juego para los niños de la comunidad, quienes convierten los jardines en canchas de futbol o en un gimnasio de box, de acuerdo con el equipamiento con el que cuentan.

Crédito: ADID JIMÉNEZ

Una vez que el tiempo de ocio se termina, los niños regresan a sus casas.

Crédito: ADID JIMÉNEZ



Santa María de Guido

Vista panorámica de Morelia
desde el mirador de Santa María.
Crédito: IVÁN RÚIZ

En 2018 se conmemoró en Santa María de Guido la recuperación de su estatus como Tenencia de Morelia. Dos años antes había sido incorporada a la capital del estado como una colonia más, pero sus habitantes se movilizaron rápidamente para defender algo que, para muchos habitantes de la ciudad, era apenas un tema de la administración pública.

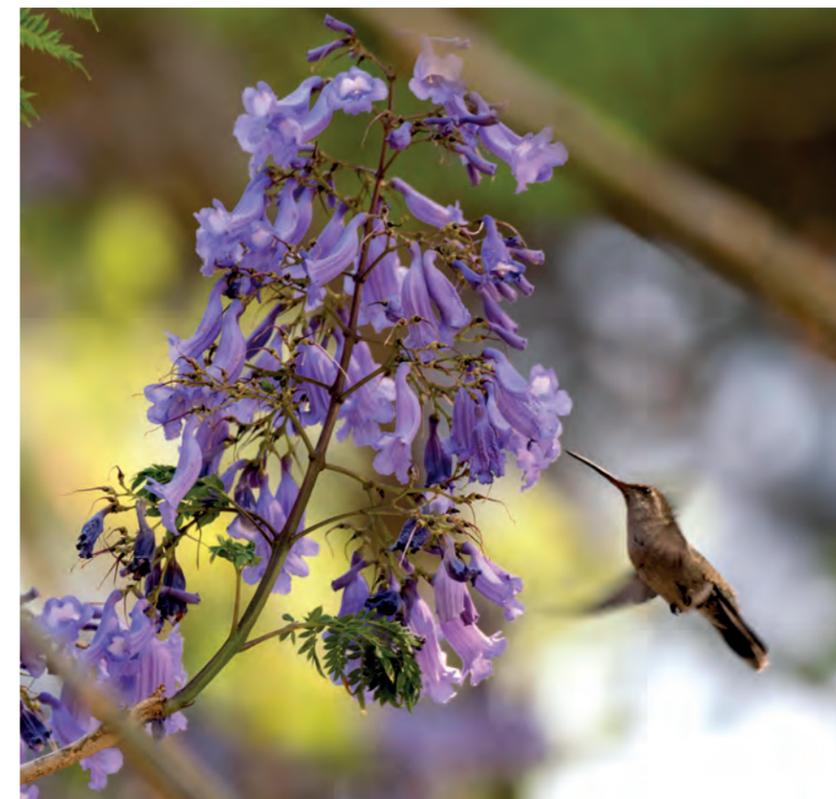
Más allá de documentar los argumentos que sostuvieron quienes buscaron, y lograron, revertir el nombramiento de Santa María ante el Ayuntamiento, hay que destacar el hecho del sentido identitario de ser una tenencia. Trasciende el tema de los servicios públicos (suministros de luz y agua, entre ellos) para determinar cómo las personas establecen sus relaciones con el territorio. El espíritu que anima a la comunidad desborda los límites del poblado, y nos lleva a la conciencia de ser un todo unido al pulmón natural de Morelia. Santa María originalmente se extendió desde la Antigua Hacienda del Rincón (hoy conocida como la zona del Campestre y los Filtros Viejos) hasta la Ex-Hacienda de La Huerta, punto de partida de la Tenencia Morelos. La loma de Santa María enmarca el sur de la ciudad, la miramos y nos mira, con su ascendente siempre verde, manteniendo a raya el desarrollo urbano gracias a que es un Área Natural Protegida.

Detalle de la veleta ubicada en la parte superior del kiosco de Santa María de Guido.
Crédito: ADID JIMÉNEZ



La experiencia de Santa María de Guido inicia, paradójicamente, fuera de sus linderos. Sobre avenida Camelinas, en el extremo contrario al Zoológico de Morelia, se ubican los conocidos Cenadores. Abierto para el esparcimiento y la diversión, se trata de un parque con 14 techados de diferentes dimensiones, acompañados de asadores públicos y amplias zonas de pasto bien cuidado. Apenas hacen falta ocho pesos por persona para entrar, y una multitud de músicos populares esperan a los visitantes para ofertar sus servicios melódicos.

A un costado de este parque, encontramos otro que inicia en el arranque de un precioso ascenso de cantera. Al adentrarnos en éste hallamos una red de senderos y escalinatas bajo la sombra de numerosos árboles y arbustos, alivio de muchos en las más inclementes horas de sol y calor. El viento y la humedad forman un microclima que incluso permite la vida de helechos y otras especies de resolana. Algunas bancas y jardineras son sitio de reposo de quienes deciden tomarse una pausa en medio del trajín urbano o platicar con sus amistades. El follaje de algunos árboles medianos, con forma de pájaro, revelan la dedicación de quienes resguardan el jardín, para disfrute matutino o vespertino de deportistas y aficionados al ejercicio.



Un colibrí de pico ancho (*Cyanthus latirostris*) busca néctar entre las flores de un árbol de jacaranda, ubicado en el atrio del llamado templo nuevo de Santa María de Guido.
Crédito: ADID JIMÉNEZ



El adobe, las tejas y la cantera predominan en las construcciones de Santa María, lo cual le da un aire de pueblo a pesar de ser la tenencia más cercana a la mancha urbana de Morelia. Crédito: IVÁN RUÍZ

Santa María es la tenencia que más cerca se encuentra de Morelia, y por ello es la única que admite llegar a ella a pie. Muchos prefieren su auto o el transporte público. Pero la escalinata de cantera, con sus numerosos descansos, es una delicia si se tiene la calma y paciencia para transitar a la parte alta de la loma. Desde el primer extremo del puente peatonal ya se ofrece una vista de Morelia fascinante, por arriba del nivel más alto de los árboles del zoológico. Allá se mira la catedral y el resto de torres y cúpulas de templos del Centro Histórico. Desde aquí, esa suave y larga loma que significa “Guayangareo” es evidente.



Son tres los miradores que pueden visitarse para tener una perspectiva de la amplitud de la capital, mirando hacia el norte. Las calles Eréndira, Patzimba e Inchátiro, que enmarcan las manzanas en que se ubican dos conocidos hoteles y el Seminario Diocesano, guardan rincones que vale la pena mantener limpios y despejados. Y este no es sólo un llamado a las autoridades, sino a nosotros los ciudadanos también.

Desde la calle Rey Tangaxoan II ya son visibles los árboles que coronan el ascenso a la tenencia. Las casas ya presentan ese aire distinto a la arquitectura típica del centro de Morelia. Algunos muros de cantera, otros de añejos tabiques aquí y allá, recubrimientos de cal, chimeneas. Todo sugiere un pasado campirano, no agrícola, adornado con camelinas y jacarandas, zona de casas para el descanso y la privacidad; algo que ya ha trastocado la cotidianidad urbana de manera irreversible. Los tiempos cambian.

Una vez arriba, hay pequeños miradores desde los cuales se puede apreciar buena parte de Morelia. Crédito: JUAN CARLOS JIMÉNEZ



La bienvenida al centro de Santa María la brinda el antiguo Cerrito del Calvario. Hoy es un mirador que pasa desapercibido para quienes van con prisa a su destino, pero se trata de un espacio interesante a recorrer, ya sea por sus rampas o escaleras. En la cumbre hay una plataforma con barandal metálico y cuatro farolas. La vista de Morelia se antoja inmejorable, pero los árboles maduros han hecho lo suyo, y apenas dejan ver la ciudad tras sus copas.

La casa con el número 1 es la casa de Santa María Guadalupe, a un costado de la estación de Radio Vox. Frente a éstos, la escuela 20 de noviembre ocupa un terreno tras el que se ubica su antigua sede. Un muro de cantera sostiene todavía, cerca de la cornisa, el nombre de la escuela con letras metálicas. Alrededor de la primaria, varios murales animan el andar con sus colores y formas. Uno destaca en particular, porque es seña de la participación que diversos grupos culturales buscan tener con los niños de Santa María. El mural *Nuestros Derechos* decora con valores fundamentales la calle Juan Ruiz de Alarcón: respeto, libertad, salud. Lo importante de estos conceptos no es que se piensen, sino que se escriban a la vista de todos y se vean, se sientan.

El kiosco de la plaza central predomina con sus seis lados y su techo metálico.
Crédito: IVÁN RUÍZ



Hay quienes buscan un lugar para vivir. En cuanto a Santa María, a veces pienso que sucede a la inversa: esta zona elige a sus habitantes.

Llama la atención que las calles de Santa María son nombres de figuras intelectuales, personajes de la cultura literaria. Manuel Acuña, Salvador Díaz Mirón. El “Rey Poeta”, Nezahualcóyotl, da nombre a la plaza principal. Es tradición ya, en la memoria de la capital, que esta comunidad albergue talleres particulares y casas de profesionales del arte, el diseño, la arquitectura y tantos oficios más. Hay quienes buscan un lugar para vivir. En cuanto a Santa María, a veces pienso que sucede a la inversa: esta zona elige a sus habitantes.

El kiosco de la plaza es imponente, muy distinto a otros en las tenencias morelianas. Sin calzadas a su alrededor, con una altura modesta pero elegante, sostiene con seis soportes su cielo de madera, decorado con una cenefa delicada. Esta techumbre, rematada por un gallo que indica la dirección del viento, no estaba aquí en décadas pasadas. Los habitantes que resguardan bien sus recuerdos conservan aún fotografías en las que el kiosco estaba al aire libre en la década de 1970. Estos espacios no están detenidos en el tiempo. Viven, progresan, cambian, crecen.

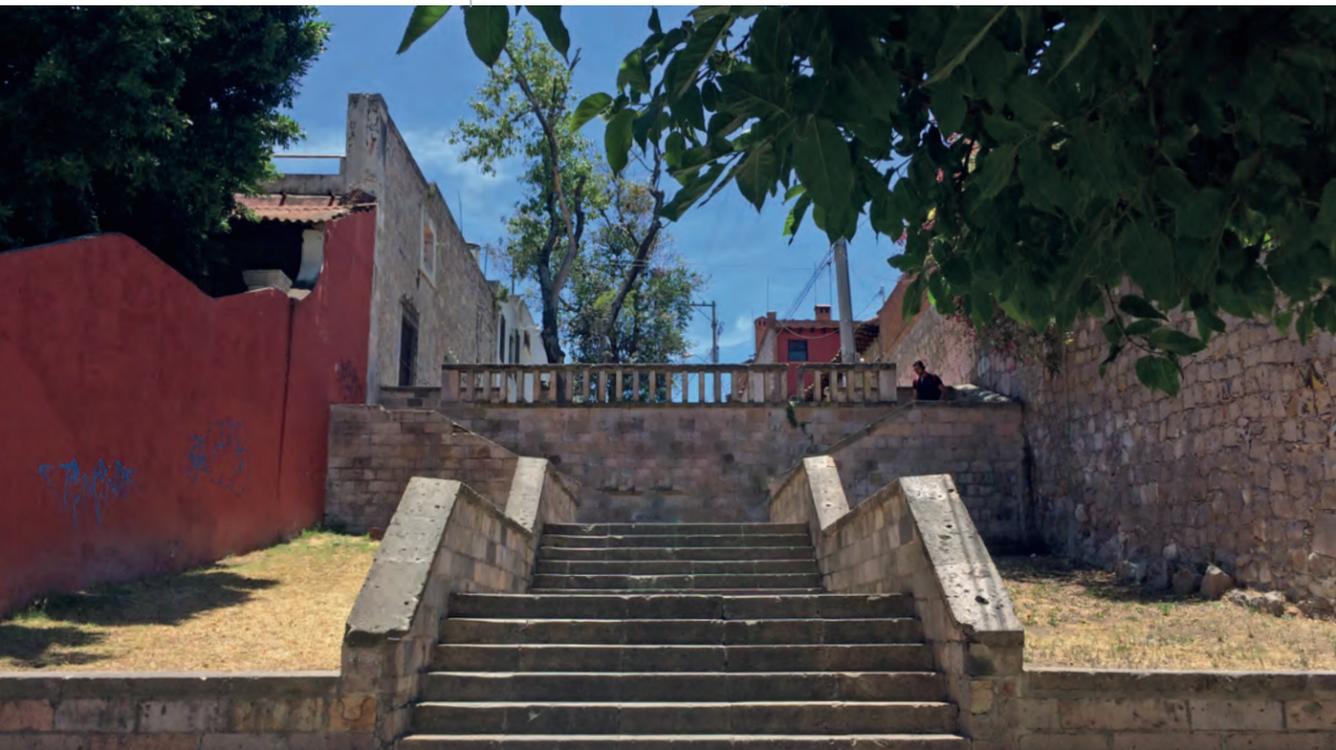
Un hombre mira hacia la cámara mientras descansa bajo la sombra de un árbol en la plaza central de Santa María.
Crédito: JORGE LANDÍN



La calle Ramón López Velarde es la principal, la domina una actividad y algarabía que no se respira en las vías aledañas, estrechas, adoquinadas, más silenciosas y apacibles. Un aire de comercio pueblerino, tradicional, aún persiste en la López Velarde: farmacias, carnicerías, telégrafos, jugueterías y otro colegio, el Santa María de Guido. Muy pronto nos hallamos fuera del Templo Antiguo, de fachada simple y portal sobrio. Fue el segundo templo construido en Morelia, después del de San Francisco, allá abajo, en la plaza Valladolid. Está aquí, nombrado como Santa María de los Altos, desde 1620 y fue incendiado, quedando abandonado durante 50 años en el siglo xx. Ahora, restaurado, se encuentra pacífico y limpio. Las jardineras que a sus afueras sirven de asiento para los caminantes, conviven con pequeños puestos que ofrecen pescados y cocos, entre verduras y otros productos.

A un costado, frente a la esquina con la calle Manuel Gutiérrez Nájera, se encuentra el acceso al templo nuevo, en cuyo atrio hallamos algunos olivos y nichos en la parte baja del muro perimetral. Aquí revive una tradición: aquella de recrear parcialmente, en los espacios procesionales de los templos, el jardín en que el Cristo fue transfigurado primero, y traicionado después. En ese sentido, el atrio del Santuario de la Asunción se hermana con el complejo religioso de Tzintzuntzan, uno de los más importantes en todo Michoacán.

Las escaleras conectan a Santa María con el periférico sur. Si se tiene la energía necesaria, se puede llegar a pie hasta el poblado.
Crédito: JUAN CARLOS JIMÉNEZ



No podemos olvidar las iniciativas ciudadanas que han buscado actualizar y enriquecer la vida de la comunidad, bajo conceptos como innovación, sustentabilidad, reciprocidad y creatividad. Entre muchas de ellas, La Ruta Natural ha destacado por ser un mercado de economía solidaria y productos orgánicos, generando muchas interacciones favorables entre habitantes de la tenencia y de otras zonas de la ciudad. La Casa de las Artes y Oficios atiende a niños y jóvenes a través de actividades lúdicas, talleres, promoción de la lectura y activación física. El Taller, un *cluster* de empresas creativas (despachos de diseño, arquitectura, estudios de artista y para la gestión) se ubica en la calle Francisco Díaz de León.

Estos y otros proyectos más representan las variadas formas en que la tenencia se re-inventa y enriquece, al tiempo que mantiene su memoria y personalidad de comunidad periférica a la capital.

Las escaleras de Santa María son un sitio conocido en la zona sur de la ciudad.
Crédito: JUAN CARLOS JIMÉNEZ





Los cactus son utilizados como bardas
para dividir las propiedades.

Crédito: LORENA SALGADO

Bibliografía

San Miguel del Monte

Martínez Ayala, J.A. (2015) *Breve historia de Jesús del Monte*. Morelia: Archivo Histórico Municipal y Museo de la Ciudad de Morelia.

Atapaneo

González Morales, F. (2011) *Historia de Atapaneo. Vivir para contarla*. Morelia: Ayuntamiento de Morelia /UMSNH.

Tacícuaró

Cornejo Tenorio, G. e Ibarra Manríquez, G. (2011) *Plantas del Cerro del Águila*. Michoacán: Laboratorio de Biogeografía y Conservación CIECO/UNAM. Disponible en: www.iies.unam.mx/wp-content/uploads/2016/03/321_Cerro_el_Aguila-c1_0.pdf.

Zavala García, M. (2014) *Tenencia de Tacícuaró*. Morelia: Archivo Histórico Municipal y Museo de la Ciudad de Morelia.

Cuto de la Esperanza

Zavala García, M. y Tapia Mendoza, F. (2016) *Cuto de la Esperanza. Tenencia de Morelia*. Morelia: Archivo Histórico Municipal y Museo de la Ciudad de Morelia.

Morelos

Universidad Nacional Autónoma de México. Campus Morelia. www.morelia.unam.mx/campus/index.php/historia.

Hernández Tovar, A. (Dir.) (31 de enero 2005) *Decreto que declara Área Natural Protegida a sitio conocido como "Ex Escuela Agrícola denominada La Huerta" del Municipio de Morelia, Michoacán de Ocampo*. Michoacán: Periódico Oficial del Gobierno del Estado.

López Osorio, J. (14 de mayo 2008) *Piedra del Indio*. Michoacán: Cambio de Michoacán. Disponible en: www.cambiodemichoacan.com.mx/nota-80321.

Naturalista. *Aves de Piedra del Indio*, Morelia, Michoacán. Disponible en: www.naturalista.mx/projects/aves-de-piedra-del-indio-morelia-michoacan.

Neri, L.A. (10 de febrero 2017) *Morelos celebra su primer aniversario de regreso a estatus de tenencia*. Michoacán: Sistema Michoacano de Radio y Televisión. Disponible en <https://sistemamichoacano.tv/noticias/19-michoacan/14789-morelos-celebra-su-primer-aniversario-de-regreso-a-estatus-de-tenencia>.

Sesento García, M.S. (Dir.) (11 de junio 2015) *Resumen del Programa de Manejo del Área Natural Protegida con Categoría de Zona Sujeta a Preservación Ecológica del sitio conocido como "Ex Escuela Agrícola denominada La Huerta", Municipio de Morelia, Michoacán*. Michoacán: Periódico Oficial del Gobierno del Estado.

Tiripetío

Cerda Farías, I. (2005) *En el pueblo de Tiripetío, en la Provincia de Michoacán. La edad dorada...* El siglo XVI. Michoacán: UMSNH.

Jiménez Abarca, J.C. (11 de octubre 2009) *Luz Vertiginosa de Susana Wald, mural en Tiripetío*. Michoacán: Suplemento Letras de Cambio. Diario Cambio de Michoacán. Disponible en: <http://miriadacolumna.blogspot.com/2009/10/luz-vertiginosa-de-susana-wald-mural-en.html>.

Secretaría de Gobernación (1 de septiembre 1991) *Decreto por el cual se expropia por causa de utilidad pública una superficie de 3-23-53 hectáreas de temporal de uso común, de terrenos ejidales del poblado de Tiripetío*, Municipio de Morelia, Mich. México: Diario Oficial de la Federación. Disponible en: http://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=4734322&fecha=01/09/1994.

Sistema de Información Cultural. *Tiripetío*. Patrimonio Ferrocarrilero. México: Secretaría de Cultura. Disponible en: http://sic.gob.mx/ficha.php?table=fnme&table_id=293.

Santa María de Guido

Ávila García, P. y Campos Cabral, V. (2010) *Memoria del Foro de Análisis de la Loma de Santa María*. Michoacán: CIECO / UNAM. Disponible en: www.oikos.unam.mx/CIEco/politica/foro/MEMORIA%2021%20abril.pdf.

Pérez Ortiz, M.A. (2014) *Historia de la Planificación Urbana de Morelia, 1958-1998*. Michoacán: UMSNH.



Para la formación de esta publicación se utilizaron variantes de las familias tipográficas Minion y Libre Franklin.

Impreso en papel couché semimate de 150 g en los talleres de Grupo Impresionarte, Morelia, Michoacán, México.



Confluyen aquí miradas atentas a las comunidades, su medio ambiente, las producciones culturales, la memoria histórica y vida cotidiana de las tenencias de Morelia.

Recorrer las plazas y calles de las siete tenencias que aquí se retratan es un placer. Y con ello se ofrece un paseo visual y narrativo para reconocer nuestro patrimonio, el lugar en que vivimos, el semblante de nuestros vecinos.